

término, mientras aparece Margarita con la máscara y un candelabro en la mano.) ¡Capitán! ¡Socorro! ¡socol...

MARG.

«Ver tu rostro y morir», eso me decías; pues mírame y muere.

FELIPE

¡Margarita de Borgoña, reina de Francia!...

VOZ

(Muere.)

(Dentro.) Las tres. París está tranquilo, dormid en paz.

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Salón en palacio. Puerta al foro que comunica con una galería, y laterales en primero y segundo términos izquierda. Balcón a la derecha. Muebles propios.

ESCENA PRIMERA

MARGARITA sentada en un sofá de la época, y a sus pies Gualtero

GUAL. ¿Me explicaréis a qué se debe esta señal de vuestro rostro, Margarita?

MARG. Sí, amigo mío; os lo diré. (Debió recelar esta pregunta.) He tenido un extraño sueño. Se me ha aparecido un joven semejante a vos en todo, en vuestros ojos, vuestra edad, vuestra voz, vuestro acento apasionado.

GUAL. ¿Qué más?

MARG. No sé, mis ideas se presentan luego confusas, y desperté sobresaltada, sintiendo en el rostro un dolor como si me hubieran herido.

GUAL. Eso es lo que os pregunto, ¿quién os ha herido?

MARG. Nadie, es decir, yo misma. Un alfiler que desprendióse de mi tocado, quedando en la almohada, y con él me he herido seguramente.

- GUAL. ¿Y por qué exponéis así vuestra belleza, que no os pertenece sólo a vos?
- MARG. Decidme: ¿con quién hablabais ha poco, frente a este mismo balcón?
- GUAL. Con un religioso que me ha entregado un libro de memorias, de parte de un extranjero a quien conocí ayer. Como no conoce a nadie en París, lo ha confiado a mi guarda por creerlo más seguro, advirtiéndome, que si no viene a reclamármelo dentro de tres días, puedo abrirlo. Es un capitán, a quien me presentó mi hermano anoche, en la taberna de Orsini.
- MARG. A propósito de vuestro hermano, confío en que me lo presentaréis hoy mismo; pues desde ahora le concedo una parte del cariño que vos os profesó.
- GUAL. ¡Oh reina mál guardadme para mí solo vuestro cariño. Confieso que de mi propio hermano sentiría celos. Vendrá esta misma mañana. Es joven y leal, Margarita; es la mitad de mi vida, mi segunda alma.
- MARG. ¿Y la primera?
- GUAL. La primera lo sois vos; mejor dicho, vos lo sois todo para mí: alma, vida, existencia. Yo vivo para vos solamente y contaría los latidos de mi corazón con sólo poner la mano en el vuestro. Oh, si vos me amarais como yo os amo, Margarita, seríais toda mía, como yo soy vuestro por entero.
- MARG. No, amigo mío, no. Conservemos la pureza de nuestro cariño; si cediera hoy, tal vez mañana tendría que temeros. Una indiscreción, una palabra sola, es mortal a veces en nosotras las reinas. Contentaos pues, Gualtero, con amarme, ser amado, y escucharlo de mis labios como lo escucho de los vuestros.
- GUAL. Pero la llegada del rey me arrebatará esta dicha.
- MARG. Mañana habrá concluido nuestra libertad, y con ella acabarán estos dulces instantes.

- Pero hablemos de otra cosa. ¿Se nota mucho esta cicatriz.
- GUAL. No mucho.
- MARG. ¿Qué voces son esas que hasta aquí llegan de la próxima cámara?
- GUAL. Vuestros nobles que aguardan el permiso para ser recibidos por su bella soberana.
- MARG. No quiero hacerles aguardar ya más, pues sospecharían por quien les olvido. Creo que os veré entre ellos, ¿no es cierto?
- GUAL. ¿Podéis dudarle, mi reina y señora?
- MARG. El rey y señor lo seríais vos si el amor bastara para alcanzar el poder real. (Gualtero la acompaña a la puerta y le besa la mano.)
- GUAL. Adiós, Margarita.
- MARG. Dad orden de que abran las puertas de la cámara. (Vase. Gualtero va al foro, figurando comunicar las órdenes, y vuelve a escena, apareciendo los personajes que se indican.)

ESCENA II

GUALTERO, PIERREFONDS, SAVOISY, nobles y luego ENGERRAND DE MARIGNY

- SAV. Gualtero se nos adelantó, sin duda alguna él nos dirá como sigue esta mañana la Margarita de las Margaritas, la reina de Francia, Navarra y Borgoña.
- GUAL. No puedo complaceros porque acabo de llegar ahora mismo. Dios os guarde señores; creí hallar a mi hermano entre vosotros; por lo tanto, soy yo quien os ruega me enteréis de lo que ocurre esta mañana en París.
- PIERRE. Nada de nuevo. Que mañana llega el rey, y que se le prepara un gran recibimiento. El señor de Marigny ha cuidado de circular las órdenes para que el buen pueblo se regocije y le aclame, mientras maldice de la otra parte del Sena.

- GUAL. ¿Y por qué?
SAV. Porque el río acaba de arrojar otras dos víctimas a la orilla, y el pueblo se va cansando de tan extraña pesca.
- PIERRE. ¡Son tantas las maldiciones que caen sobre la cabeza de este Marigny, encargado de la seguridad de los ciudadanos! ¡Por mi fe, que podrían darse por bien empleadas estas muertes si lográramos ahogar al primer ministro bajo el montón de sus cadáveres!
- GUAL. Realmente, va siendo extraño cuanto sucede. ¿Nadie de vosotros, caballeros, ha visto a mi hermano?
- PIERRE. Y si el rey no procura poner remedio, perderá, por agua, la tercera parte de su población, la más rica y noble. No entiendo qué vértigo se ha apoderado de los gentiles hombres para acabar consigo de un modo más propio de villanos.
- SAV. ¿Es que creéis que los que arroja muertos el Sena entran vivos en él por su propia voluntad? No hay tal cosa.
- PIERRE. Como no sea el diablo quien los arrastre.
SAV. El río es mal confidente para los secretos, y peor tumba para los cadáveres, pues los arroja de su seno. No olvidéis que del hotel de Saint Paul al Louvre hay infinidad de edificios cuyas ventanas se abren sobre su superficie.
- PIERRE. Efectivamente, y uno de estos edificios lo es también la torre de Nestle.
- SAV. Era ya avanzada la noche cuando, pasando por el Louvre, la vi resplandeciente de luz, que salía por sus góticos ventanales. Aquella mole, arrojando haces de luz por sus aberturas, se me apareció de pronto como un respiradero del infierno, brillando en la obscuridad. No sé si será cierto lo que el pueblo dice, pero...
- GUAL. Caballero, olvidáis que estáis bajo el techo real.

- SAV. Y que el rey llega mañana, y que todos sabéis bien que no le gustan otras noticias que las suyas propias. (Aparece Marigny.) ¿No es cierto, señor de Marigny?
- ENG. No puedo contestaros, porque ignoro a lo que os referís. ¿Decíais...?
- SAV. Que el pueblo de París es un gran pueblo; que puede darse por muy satisfecho de tener un rey como Luis X, y al señor de Marigny por su primer ministro.
- ENG. Tal vez habría ya cesado de gozar la segunda parte de esta satisfacción si no consistiera más que en vos, señor de Savoisy.
- PAJE ¡La reinal (Anunciando.)

ESCENA III

Dichos, MARGARITA, pajes, guardias, y luego BURIDAN disfrazado de astrólogo

- MARG. Dios os guarde, señores. Ya sabéis que mañana llega mi señor y dueño; así es que si alguna gracia tenéis que pedir a la regente, aprovechad el último día que le queda de poder.
- SAV. Señora, para nosotros seréis siempre nuestra soberana, por la nobleza de vuestra sangre, por vuestra belleza, y seréis, por tanto, nuestra regente, mientras nuestro soberano, que Dios guarde, conserve el corazón en su pecho.
- MARG. Mucho me lisonjeáis, conde. Y vos, Gualtero, buenos días. Me ofrecisteis ayer presentarme a vuestro hermano.
- GUAL. Y su tardanza empieza a inquietarme. Este maldito París está plagado de brujos y de hechiceros. No encojáis los hombros, señor de Marigny; no os acuso. La ciudad es cada día más populosa, y, por lo tanto, escapa a vuestra vigilancia. Esta misma

mañana se han encontrado otros dos cadáveres más abajo de la torre de Nestle.

ENG.

¿Han sido dos?

MARG.

(¡Dos!)

GUAL.

¿Y quién ha cometido estos crímenes más que la gente de mal vivir, gitanos, brujos y hechiceros, que necesitan la sangre para sus conjuros? Sólo con horribles profanaciones logran arrancar a la naturaleza sus secretos.

MARG.

Olvidáis, Gualtero, que Marigny no presta ningún crédito a la nigromancia.

SAV.

Pues nuestras calles están infestadas de brujos y nigrománticos. (Yendo al balcón.) Ved. Enfrente mismo de palacio, en medio de la plaza, hay uno que, con la osadía que dirige hacia aquí las miradas, no parece otra cosa sino que desea que se le consulte.

MARG.

Llamadle pues, señor de Savoisy; no me disgustará saber con anticipación lo que sucederá al señor de Marigny en cuanto llegue mi esposo. ¿Consentís en ello, señores?

PIERRE.

Nuestra reina dispone en nosotros.

SAV.

(En el balcón, gritando.) Sube, adivino o nigromántico, y haz provisión de vaticinios, pues es la reina, nada menos, quien desea consultar lo venidero.

MARG.

Ahora, señores, es preciso recibir dignamente al sabio nigromántico.

SAV.

Sin duda alguna; pero como su ciencia lo mismo puede venir de Dios que del diablo, no estará de más que nos persignemos, por si acaso. (Todos hacen la señal de la cruz, menos Marigny.) (Aparece Buridán con el disfraz indicado, cubierto el rostro.) Aquí está ya. ¡Por vida! Ni que hubiera pasado a través del muro. Hechicero maldito, la reina mandó que subieras para preguntarte si su primer ministro...

BUR.

Dejadme llegar hasta él, si queréis que le

hable. Enguerrand de Marigny, aquí me tienes.

ENG.

Oyeme, brujo: si quieres complacerme, en vez de una desgracia, anúnciame mil, y en vez de una muerte, mil muertes también, porque del mismo modo que hallarás a los demás confiados y alegres, me hallarás a mí más tranquilo e incrédulo.

BUR.

Enguerrand, sólo una desgracia y una muerte tengo que anunciarte; una desgracia próxima, y una muerte terrible. Si algo tienes que arreglar con tu alma, date prisa, pues por mi voz te anuncia el cielo que sólo tres días de vida te restan.

ENG.

Gracias; alguno hay a quien tal vez ni tres horas le restan. Puedes dirigirte a los que te aguardan.

BUR.

(Se dirige a Gualtero.) Y tú, qué quieres que te anuncie, Gualtero d'Aulnay, a ti, en cuya edad el pasado es ayer, y el porvenir mañana?

GUAL.

Háblame del presente.

BUR.

Pregúntame por tu pasado, por tu porvenir, pero no me hables de tu presente.

GUAL.

Pues es precisamente lo que quiero saber. Dime: ¿qué pasa en mí?

BUR.

Estás aguardando a tu hermano, y tu hermano no llega.

GUAL.

¿Dónde se halla? ¡Habla!

BUR.

El pueblo se arremolina a la orilla del Sena.

GUAL.

¿Qué más?...

BUR.

Rodean a dos cadáveres, y dicen todos: ¡Desgraciados!

GUAL.

¡Mi hermano... di! ¿Dónde se halla?

BUR.

Dirígete a la orilla del Sena.

GUAL.

¿Y una vez allí?

BUR.

Examina el brazo izquierdo de la víctima, y como los demás gritarás: ¡Desgraciado!

GUAL.

¡Ah! ¡Mi hermano!... ¡Hermano mío!...

(Vase corriendo.)

BUR.

(A Margarita.) Y vos, Margarita de Borgoña,

- ¿Nada queréis saber de cuanto tengo que deciros? Pensáis que la real condición es sobrehumana y que no pueden leer humanos ojos?
- MARG. Yo nada quiero saber.
- BUR. ¿Y para eso me llamasteis? Será preciso que me oigáis.
- MARG. No os alejéis, señor de Marigny.
- BUR. (Bajo.) ¡Oh, Margarita, Margarita, a quien le sirven mejor para sus designios las sombras de la noche que las luces de la auroral
- MARG. ¿Quién ha llamado a este hombre? ¿Quién le llamó? ¿Qué me quiere?
- BUR. ¿No es cierto, Margarita (Acercándosele casi al oído.) que falta un cadáver en tu cuenta? ¿No es cierto que debían ser tres en vez de dos?
- MARG. ¡Oh, cállate, o dime quién te presta este oculto poder!
- BUR. (Le enseña el alfiler de oro del acto anterior, sin que los nobles se aperciban.) He aquí mi talismán. (Involuntariamente levanta la mano hasta su rostro. No hay duda, es ella.) Ahora es preciso que me escuchéis algunas palabras sin que nadie pueda oírlas. Hacedos a un lado, señor de Marigny.
- ENG. Sólo os obedeceré cuando reciba esta orden de la misma reina.
- MARG. (Bajando del trono.) Obedecedle, señor de Marigny.
- BUR. Ya ves que lo sé todo, Margarita; que tu honor y tu vida están en mis manos. Margarita, esta noche, después del toque de oración, te aguardo en la taberna de Orsini. Es preciso que te hable a solas.
- MARG. ¿Acaso puede una reina de Francia salir a tales horas?
- BUR. La misma distancia hay de aquí a la puerta de Saint Honoré que de aquí a la torre de Nestle.
- MARG. Está bien, iré.

- BUR. Traerás contigo un pergamino y el sello real.
- MARG. Pero hasta entorces...
- BUR. Entrarás en tu cámara, donde no recibirás a nadie. Tendrás cerrada la puerta para todo el mundo.
- MARG. ¿Para todo el mundo?
- BUR. Y especialmente para Gualtero. ¡Para él sobre todo! (Dirigiéndose a los nobles.) Señores, caballeros, la reina os saluda y ruega a Dios que os preserve de todo mal. Señora, prohibid en absoluto el acceso a vuestra habitaciones.
- MARG. ¡Guardias, que nadie penetre por la puerta de mi cámara!
- BUR. Esta noche, en casa de Orsini, os aguardo.
- MARG. Hasta la noche. (Saluda y vase. Buridán atraviesa por entre los nobles, que le miran asombrados.)
- SAV. Señores, ¿visteis jamás caso parecido? Este hombre es Satanás en persona.
- PIERRE. ¿Qué le habrá dicho a la reina?
- SAV. Vos, señor de Marigny, que estabais junto a la reina, ¿habéis oído algo?
- ENG. Ya es bastante el trabajo que tengo en recordar sus predicciones.
- SAV. ¿Es que creéis ahora en ellas?
- ENG. Lo mismo que antes. Me ha anunciado caer en desgracia: pues aun soy ministro; me vaticino la muerte: pues vivo aún, y por si alguno de los presentes lo duda, mi hoja toledana se encargará de contestarle por mí. (Vase y aparece Gualtero.)
- GUAL. ¡Justicial ¡Justicial...
- TODOS ¡Gualtero!
- GUAL. ¡Era mi hermano, señores, mi hermano Felipe! ¡Mi solo amigo, mi único pariente! ¡Mi hermano asesinado, tendido en la arena! ¡Maldición!... ¡Quiero tomarme yo mismo justicia por mi mano! ¡Que me entreguen al asesino! ¿Dónde, dónde está? ¿Le conocéis, señor de Marigny?
- SAV. ¿Te has vuelto loco?

GUAL. ¡No, loco no, pero me ciega la ira! ¡Al que me lo nombrara, le daría mi vida, mi sangre! ¡Señor de Marigay, vos debéis responderme de su muerte; vos, que sois el primer guardia de la villa; no se vierte en ella una sola gota de sangre que no os manche! ¿Dónde está la reina? ¡Quiero ver a la reina Margarita! ¡Ella me hará justicia! ¡Mi hermano!... ¡Mi hermano!... (Se precipita a la izquierda.)

SAV. ¡Gualtero, amigo mío!

GUAL. ¡Yo no tengo amigos! ¡Sólo tenía un hermano y le han asesinado! ¡Margarita! ¡Margarita!... (Llama a la puerta.) ¡Oh, soy yo! ¡Abrid! (Aparece un guardia.)

GUARDIA No hay paso.

GUAL. ¡Para mí sí!... ¡Apartaos!... ¡Margarita! ¡Mi hermano! (Los guardias le detienen, él desnuda el acero.) ¡Es preciso que la vea, que la hable. (Le desarman.) ¡Ah! ¡Maldición. . . ¡Hermano!... ¡hermano mío!

TELÓN

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

La misma decoración que en el primero

ESCENA PRIMERA

ORSINI; luego MARGARITA

ORSINI Parece que esta noche nada habrá que hacer en la torre de Nestle. Tanto mejor, pues sabe Dios si algún día caerá sobre nuestras cabezas la sangre que allí se ha derramado. Desgraciado de aquel que está destinado a espiar tanto crimen! (Llaman a la puerta.) ¿Quién va?

MARG. Abre, soy yo. (Fuera.)

ORSINI ¡La Reina (Abre.) ¿Sola a tales horas?

MARG. Sola, sí, ¿te extraña? Es que también es extraña la causa que aquí me conduce. Oye: ¿no vino nadie?

ORSINI Nadie.

MARG. Es preciso que me cedas este aposento por media hora.

ORSINI La casa y su dueño son enteramente vuestros. (Llaman.)

MARG. ¿Han llamado?

ORSINI ¿Debo abrir?

MARG. Déjame, lo haré yo.

ORSINI Si necesitáis de mí acudiré a la primera señal.

MARG. Está bien, pero lo único que deseo es que nadie se entere de cuanto aquí se hable.
(Vuelven a llamar.)
ORSINI Seré sordo y mudo. (Vase.)
MARG. (Abre y entra Buridán) ¿Sois vos?
BUR. Yo mismo.

ESCENA II

MARGARITA y BURIDAN

MARG. ¿Ya no soís el nigromántico?
BUR. No, soy el capitán. Pero suponiendo que sean los dos una misma cosa, lo mismo da uno que otro. He preferido este traje porque he calculado que en caso de peligro me serviría más que el de esta mañana. A tales horas, es peligroso andar desprevenido por las calles. En fin, he creído conveniente tal precaución.
MARG. Ya veis que he cumplido mi palabra.
BUR. Con lo cual habéis hecho bien, reina Margarita.
MARG. Reconoceréis al menos que es en mí extrema complacencia.
BUR. Sea complacencia, sea temor, tenía la seguridad completa de hallaros, y eso es para mí lo esencial.
MARG. ¿De modo que no sois un nigromántico?
BUR. No, por la gracia de Dios; soy cristiano, o mejor dicho, lo era, aunque casi perdí la fe y la esperanza; pero, vamos a lo que interesa.
MARG. Estoy acostumbrada a que se me hable de pie y con la cabeza descubierta.
BUR. Te complaceré en las dos cosas, no por ser reina, sino porque eres mujer. Mira en nuestro rededor y dime si descubres señal alguna que denote el rango a que aludes pertenecer. ¿Son esos muros, ennegrecidos por el humo, los de una cámara real? ¿Aca-

so son esos viejos y enmohecidos muebles los que una reina debe tener cerca de sí? Reina sin guardias: ¿dónde está tu trono? Aquí sólo hay un hombre y una mujer. Un hombre que está sereno y tranquilo y una mujer que tiembla. El hombre, pues, es aquí el rey.
MARG. ¿Quién eres para hablarme así? ¿De dónde vienes, de qué poder alardeas, ni qué razones tienes para asegurar que tiemblo?
BUR. ¿Quién soy? En este instante, el capitán Buridán. Algún tiempo tenía otro nombre que quizás no te sea desconocido del todo. Pero tampoco hace al caso. ¿De dónde vengo y qué poder es el mío? Si lo supieras, tal vez no habrías venido. ¿Que por qué aseguro que tiemblos? Porque en tus cuentas de hoy falta un cadáver, porque el Sena sólo arrojó dos, debiendo ser tres, según tus cálculos.
MARG. ¿Y el otro?
BUR. El otro, Margarita, es el capitán Buridán, que te está hablando.
MARG. ¡Imposible! ¿Mientes!
BUR. ¿Que miento? Oye, y te contaré lo sucedido anoche en la torre de Nestle.
MARG. Habla.
BUR. Había en la torre varias damas de la corte de Margarita, una entre ellas ocultaba su rostro con un antifaz; era la reina, eras tú. Había también tres hombres, y eran Héctor de Chreveysée, el capitán Buridán y Felipe d'Aulnay.
MARG. ¡Felipe d'Aulnay!
BUR. Sí, el hermano de Gualtero, él era quien, en su empeño de reconocerte, atravesó tu máscara con un alfiler que arrancó de tu tocado, haciéndote esta cicatriz en tu rostro.
MARG. ¿Murieron Héctor y Felipe, y tú solo has conservado la vida?
BUR. Sólo yo.

MARG. ¿Y te has dicho: yo perderé a la reina, revelando lo que ha pasado en la torre de Nestle esta noche; y diré a Gualtero: ella ha sido quien hizo asesinar a tu hermano? Estás loco, Buridán, porque no va a creerte. No está mal urdida la trama, pero ahora que sé tu secreto, como tú sabes el mto, bastará que dé una voz para que dentro de algunos momentos hayas unido tu suerte a la de Héctor y a la de Felipe d'Aulnay.

BUR. Hazlo, y mañana Gualtero abrirá el libro de memorias que le ha entregado un religioso, al ver que no voy yo a reclamárselo, pues de ello ha prestado juramento. Puedes mandarme asesinar si te place, pero mañana Gualtero sabrá quién es el asesino de su hermano Felipe.

MARG. ¿Y crees que prestará mayor crédito a tus escritos que a mis palabras?

BUR. ¡Pero lo prestará a la firma de su hermano, estampada con su propia sangre al pie de dos líneas que se lo revelan todo! «Muero asesinado por Margarita de Borgoña.» ¿Crees, pues, que te bastará, para ahogar el secreto, deshacerte de mi persona? ¿Aunque hicieras atravesar mi corazón por veinte puñales? Hazme arrojar al Sena, que el Sena se cuidará, arrojando mi cadáver a la orilla, de descubrir tus maldades y tu crimen, y ante él Gualtero jurará vengarme, al vengar a su hermano, viniendo a exigirte cuenta de la sangre derramada. Dime ahora si tomé bien mis medidas o cometí la menor imprudencia.

MARG. Si tus palabras son ciertas...

BUR. No lo dudes.

MARG. ¿Qué exiges de mí entonces? ¿Quieres oro? Te lo daré a manos llenas del tesoro público. ¿La muerte, acaso, de algún enemigo poderoso? Aquí tengo el pergamino y el sello real que me encargaste. ¿Eres ambicio

so? Yo puedo complacerte en tus deseos. Acaba, ¿qué pretendes?

BUR. Nada de eso quiero. Oyeme, Margarita. (se sienta.) Como te he dicho, aquí no hay rey ni reina. Aquí sólo hay un hombre y una mujer que desean sellar un pacto, y desgraciado el que no cumpla sin haberse asegurado antes del silencio de la muerte del otro. Margarita, quiero, en primer lugar, oro bastante para levantarme un palacio.

MARG. Lo tendrás, aunque fuera preciso para ello mandar que fundieran el cetro y la corona.

BUR. Quiero, además, ser tu primer ministro.

MARG. Lo es actualmente Enguerrand de Marigny.

BUR. No importa, quiero su título y su puesto.

MARG. Sólo con su muerte puedes obtenerlo.

BUR. Digo que quiero su título y su puesto.

MARG. Lo tendrás.

BUR. Yo, en cambio, te conservaré a tu amante y callaré tu secreto. Está bien; desde hoy, reinaremos los dos en Francia. Seremos los dos únicos reyes, y guardaré silencio. Tendrás también todas las noches amarrada tu barca a la orilla del Sena, y mandaré tapiar las ventanas del Louvre que dan frente a la torre de Nestle. ¿Aceptas, Margarita?

MARG. Sí, acepto.

BUR. Mañana, a las diez, iré a recoger mi libro de memorias y me presentaré a la Corte. Serás en ella bien recibido.

MARG. Extiende ahora la orden de prender a Marigny, autorizando el pergamino con tu sello real.

BUR. Tómalo. Aquí está. (Después de hacerlo.)

MARG. Está bien. Adiós, Margarita; hasta mañana. (Toma su capa, sombrero y espada y vase.)

ESCENA III

MARGARITA sola

MARG. ¡Mañana! ¡Mañana...! ¡Ah! ¡Si yo te tengo un día entre mis manos, como tú me has tenido entre las tuyas...! ¡Si pudiera apoderarme de las líneas escritas por Felipe...! ¡Ah! ¡Miserable! ¡Atreverse contra mí, la hija de un duque, la esposa de un rey, la regente de Francia! Daría la mitad de mi sangre a quien me facilitara la hoja de papel en la que Felipe estampó su firma. Si pudiera ver a Gualtero antes de las diez de la mañana! ¡Si pudiera apoderarme del libro de memorias que guarda...! Gualtero no me hablará más que de la muerte de su hermano, pidiéndome la cabeza del asesino. Pero me quiere a mí como a nadie quiere en el mundo, y si teme perderme lo olvidará todo, hasta su propio hermano. Es preciso que le vea esta noche. ¿Pero dónde hallarle? ¡Muchos secretos míos posee este italiano, y descubrirle otros...! ¿Quién anda tras esta puerta? Buridán no la cerró. Se abre nuevamente... ¡Un hombre! ¡Ah! ¡Orsini! ¡Orsini!

ESCENA IV

MARGARITA y GUALTERO

GUAL. ¡Margarita! ¿Tú...? ¡Margarita!
MARG. ¡Gualtero! (Dios me lo envía.)
GUAL. En vano te he buscado durante el día para pedirte justicia. Venía en busca de Orsini para que me dijera donde podría hallarte. Al fin te hallé. ¡Justicia, Margarita, justicia!
MARG. Y yo he venido en busca de Orsini a fin

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"AL FONSO" A. LESY
1923

de que te avisara, pues antes de separarnos quería decirte adiós.
GUAL. ¿Adiós has dicho? Perdona; tal vez he comprendido mal, porque tengo una sola idea fija que me obsesiona. Yo veo aún en la arena de la orilla, el cadáver de mi hermano, empapadas sus ropas y cosido su cuerpo a puñaladas. Yo he de verter la sangre de su asesino.
MARG. Di las órdenes para que le buscaran. Tu hermano será vengado. Hallaremos al asesino, te lo juro. Pero mañana llega el rey y es preciso que nos separemos.
GUAL. ¿Separarnos? ¿Y por qué...? Sí, sí, es verdad; pero nos separaremos luego, cuando haya vengado la muerte de mi hermano.
MARG. Sí, mañana. ¿Pero por qué hay en el corazón de mi Gualtero, que antes era todo mío, otro sentimiento que el del amor de su Margarita? Ayer era aún mío este corazón. (Le pone la mano en el pecho.) ¡Ah! ¡Aquí guarda el libro de memorias!
GUAL. Ahora no respira otra cosa que venganza! Luego volverá a ser tuyo.
MARG. ¿Qué tienes aquí?
GUAL. Es un libro de memorias.
MARG. El que esta mañana te entregó un religioso. Sin duda eres el afortunado depositario de los pensamientos de alguna dama de mi corte.
GUAL. ¡Margarita! Te estás chanceando, burlándote de mí. No; este libro pertenece a un capitán, al cual he visto una vez sola, cuyo nombre hasta ignoro, y que estaba ayer con mi pobre hermano.
MARG. ¿Y te has figurado que voy a dar crédito a tus palabras? ¿Pero qué me importa, ni por qué he de estar celosa, si vamos a separarnos para siempre? ¡Adiós, Gualtero, adiós!
GUAL. ¿Qué haces, Margarita? ¿Tú quieres volverme loco? Acudo a ti, desesperado, pi-

32778

- diéndote a mi hermano, y me hablas de separación. Separarnos, ¿y por qué?
- MARG. El rey ha concebido sospechas, y no debe hallarte aquí. ¿Qué te importa? Te llevas contigo el libro de memorias que te servirá de consuelo.
- GUAL. ¿Pero crees que, efectivamente, pertenece a una mujer?
- MARG. Estoy segura de ello. Si así no fuera, me lo habrías enseñado ya mil veces para que me convenciera.
- GUAL. ¿Puedo, acaso, hacerlo? ¿Me pertenece? No. Yo juré por mi honor no abrirlo hasta mañana al dar las diez, caso que no haya venido a reclamármelo su dueño. He jurado también que no saldrá de mis manos. Eso es todo, lo he jurado.
- MARG. ¿Y yo, no he jurado nada? ¿No he quebrantado por ti jamás juramento alguno? ¿Olvidas que por tu causa he sido perjura, porque nuestro amor, aunque conserve en nuestro corazón toda su pureza, no deja de ser adúltero? Pero, ¿qué importa todo eso? Olvida y guarda tu juramento, mientras yo me guardo también mis celos. Adiós.
- GUAL. ¡Margarita, por el cielo!
- MARG. El honor, el honor de un hombre, ¿y nada representa el de una mujer?... ¿Que tu has jurado?... y bien, en mí, una palabra, un juramento tuyo, hizo olvidarme del juramento prestado ante Dios, y volvería a olvidarlo si tu me lo suplicaras, pues olvidaría por ti el mundo entero.
- GUAL. ¿Y a pesar de eso quieres que parta? Exiges que nos separemos?
- MARG. Sí, sí: he prometido al cielo esta separación, pero si tu me lo exigieras, si yo estuviera persuadida de que lo que guardas junto a tu pecho no pertenece a otra mujer, yo me atrevería a arrostrar el anatema de Dios como arrostré al de los hombres.

- ¿Te figuras acaso que cree la corte en la pureza de nuestro cariño? Sin embargo, si tu me rogaras como yo te ruego, te diría: «Quédate, Gualtero; piérdase mi reputación, desaparezca mi poder, pero no te separes de mí, sea eterno nuestro cariño». ¿Tu harías eso?
- GUAL. Sí, pero soy una mujer, en mí no representa nada el honor; puedo ser perjura, no importa que yo sufra, con tal de que un noble joven no falte a su palabra de caballero. ¿Qué importa que yo muera de celos si él no falta a su palabra!
- MARG. ¿Y si llegara a saberse?...
- GUAL. ¿Quién? ¿No quedará entre los dos el secreto?
- MARG. ¿Si me prometes devolvérmelo antes de las diez de la mañana?
- GUAL. Te lo devolveré aquí mismo, dentro de un instante.
- MARG. ¡Perdóname, Dios mío! ¡Es un ángel o un demonio infernal, que así me hace olvidar de mi hermano, de mi honor y de mis juramentos!...
- GUAL. (Tomándole el libro de sus manos.) (Ya lo tengo.) (Se acerca a la luz, examina frenéticamente el libro y arranca dos hojas de él.)
- MARG. ¡Margarita!... ¡Margarita!... ¡Oh debilidad humana!... ¡Perdón, hermano mío! ¡He venido a este sitio para hablar de amor? ¿He venido a satisfacer las frívolas dudas de una mujer? ¡No, he venido a pedir venganza! ¡Oh, perdona, hermano mío!
- GUAL. (Volviéndose.) Me engañé; nada hay en este libro que demuestre una traición a mi cariño. No miente mi Gualtero al decirme que soy yo su único amor. Tampoco yo amo a nadie más y le cumpliré mi palabra; no nos separaremos; ¿qué me importan las sospechas del rey? Yo me consideraré dichosa sufriendo por mi amante. (Le da el libro.)

- GUAL. Pensemos ahora en mi hermano, Margarita.
- MARG. He mandado hacer pesquisas y se tienen sospechas...
- GUAL. ¿De quién?
- MARG. De un capitán extranjero ¡que llegó hace pocos días, y que mañana se presentará por primera vez en la corte.
- GUAL. ¿Su nombre?
- MARG. Creo Buridán.
- GUAL. Y habéis dado la orden de su arresto, ¿es cierto?
- MARG. No, porque acabo de saberlo hace muy poco.
- GUAL. ¡La orden! ¡La orden, por favor! ¡Nadie con mayor derecho puede prender al matador de mi hermano.
- MARG. ¿Le prenderás tu?
- GUAL. Ni que estuviera en oración a los pies de un crucifijo.
- MARG. (Firma una orden.) Aquí está, pues, la orden.
- GUAL. ¡Gracias, mi reina! ¡Gracias, Margarita! (Vase corriendo.)
- MARG. ¡Ah Buridán! ¡Soy yo ahora, quien tiene tu vida entre mis manos!

TELÓN

FIN DEL ACTO CUARTO



ACTO QUINTO

Un subterráneo del Chatelet de París. Puerta en segundo término derecha. Lámpara suspendida en el techo ilumina siniestramente la escena.

ESCENA PRIMERA

BURIDÁN, atado al suelo sobre un montón de paja

- BUR. Uno de los hombres que aquí me han conducido me ha estrechado la mano. Pero ¿qué podrá hacer en mi favor? Y eso suponiendo que no haya sido ilusión mía. ¿Proporcionarme agua algo más fresca, pan menos duro y negro, o un sacerdote a la hora de mi muerte? Conté los doscientos cincuenta escalones y las doce puertas antes de dejarme en este subterráneo... Vamos, Buridán: llegó la hora de que dediques unos momentos siquiera al examen de tu conciencia. Tienes con el diablo cuentas algo atrasadas, y no muy claras, por cierto. He sido un insensato; yo que conozco la fragilidad de los enamorados, y el poder que en ellos tiene el acento apasionado de la mujer amada, ir a confiar todas mis esperanzas a un inexperto joven, que no tiene otra voluntad que la de su amada. ¡Ah Margarita!... ¡Cómo debes gozarte en tu triunfo y reírte de mi candidez! Sin embargo, no he perdido aún del todo la esperanza. Una pequeña estrella guía a veces al caminante en medio de la noche oscura. Ella no me dejará morir sin verme de nuevo, aunque no sea para otra cosa que para gozarse insultándome en los mismos umbrales de la muerte. Alguien baja, ¿será ella tal vez?